

Desde Afuera nos Miran

★ A LOS QUE AHORA ESTAMOS VIVOS en América nos ha sido

merced uso de los espectáculos intelectuales que se pueden deleznar con más curiosidad, admiración y alarinos simultáneos; ver cómo se hace, crece y se ramifica la Historia de la literatura hispanoamericana de Enrique Anderson Imbert que en la primera edición de 1954 (Biblioteca de la Fovoda de Cultura Económica) tenía 430 págs. y en la tercera recién aparecida tiene dos volúmenes de 473 y 287 respectivamente. E.A.I. ha intentado todo con sus ordenados audacia: la literatura americana desde los orígenes hasta el día de hoy; la estructura racional por períodos, corrientes e influencias; la valoración estética y la crítica de sus autores predilectos; la información sobre sus autores menores; el rigor de los datos y el rigor del enjuiciamiento. Y este rigor con una intención de ser fiel, moderno, personal, todo que me parece un plutar "nafi" que ha extendido una mano a una las hojas y los árboles; a todo el que pasa la pregunta por otras "nubes, constelaciones, bosques, semillas y quebradas" que también quiere poner en el libro con absoluto rigor, y escudriñar la cara de sus inventos para saber si puede concederles fe.

Si no se tratara de un intelectual tan honesto y de reconocida capacidad crítica, yo diría que es la empresa de un loco furioso que se cree Dios. Puestos ante la tarea de enjuiciar su libro llegamos muy pronto a la convicción de que sus defectos no proceden tanto del esfuerzo informativo y crítico del autor —elogiable por muchos conceptos— sino de la desmesura, de la imposibilidad práctica de la empresa. Parece imposible que un solo hombre pueda ya "juntar lo disperso, clasificar el farrago, eliminar con una única luz los rincones oscuros de una América rota por dentro, y por tanto, desconocida, poner el nudo del lector una Suma". Es esta quita la obra que podría hacer E.A.I. triplicando un equipo afín de colaboradores de distintos países, o regiones mejor para evitar el desenfoque que significa esforzarse por representar países en un panorama continental que por lo tanto le es serañquiza supranacionales y estéticas.

Es las hechas algo de eso hay y él se declara "una especie de secretario de redacción de una fantasmal sociedad hispanoamericana", habiendo manejado "historias de conjunto, monografías parciales, artículos de circunstancia, reseñas periodísticas" sin contar estas y preguntas personales —muchas sorpresas nos esperan el día que E. A. I. publique sus parálipomenos, su enciclopedia y su Arctico— porque como es sabido "un historiador de la literatura no puede leer todos los libros, no alcanzaría una vida para hacerlo, pero tampoco puede limitarse a comentar sólo los libros que ha leído". Omiso entre sí materiales críticos de muy diversa procedencia con lo que establece todo tipo de discordancia y crea el problema cuando superponiendo una lectura posterior de un determinado autor utiliza ese único

conocimiento para alterar un panorama ya farraginoso rompiendo su estructura de valores; ilegítimamente dado que no instaura una nueva por falta de conocimientos directos.

Esto es muy evidente en la lectura de los pasajes dedicados al Uruguay, y hacemos así lo que en cada país americano interesaría primero a los críticos: escudriñar como está representada la casa propia. Las fuentes de E. Anderson Imbert son visibles: el Proceso intelectual de A. Zum Felde —y su Índice— ensayos de Carlos Real de Azúa, Emir Rodríguez Monegal, Hugo E. Pedemonte y algunos más recientes de otro crítico, aparecidos en estas mismas páginas. De ellos sale un puzzle —lo que sabemos entre todos de que se burlaba Antonio Machado— sintetizados sus componentes hasta perder sus matices. E. A. I. agrega su pizca personal que muchas veces responde al azar de una lectura, sobre todo tratándose de los últimos.

De una edición a otra de la Historia has aumentado los nombres de los contemporáneos y si con ello no ha mejorado la comprensión de cada uno, se consigue la impresión aparente de una literatura más rica, en funcionamiento activo. Pero, como ocurre fatalmente en los períodos recientes, no se consigue la decantación que ya se ha operado en los más alejados. El nuevo tomo de la Historia de E. Anderson Imbert sobre "Los contemporáneos" incluye mención de 75 uruguayos, que se pueden distribuir entre las tres generaciones habidas en el siglo de la siguiente forma: generación del 900, 12 autores; generación de 1925, 30; generación actual, 33. Y si de los doce primeros ninguno puede faltar en un panorama fiel, de los restantes tanto se puede agregar el doble como eliminar unos cuantos; no hay ningún criterio estricto, artístico o social, que los justifique plenamente. Agréguese que en más de un caso la caracterización está hecha en base a datos de segunda mano y es perfectamente intercambiable. Ejemplo esta definición: "busca con la mirada los temas altos —amor, patria— y se acerca a ellos cambiando de manera aunque siempre con actitud aristocrática". ¿A quién se puede aplicar?

Pero nada mejor que una comprobación directa por parte del lector, y por eso transcribimos algunos fragmentos dedicados a la más reciente literatura uruguaya. Los demás aspectos de la obra de E. Anderson Imbert merecen un estudio más detenido que correspondo a sus méritos: su buena ordenación histórica, sus planteamientos generales afilados, su información correcta y sobre todo su claro discernimiento para desechar la paja y quedarse con el grano —labor tan difícil en América— y trazar de carácter a éste, quizás con demasiado buena voluntad. Pero queda antes —porque este libro ya edición ampliada —un tomo más— porque este libro ya edición de transformarse en la ocupación más dispendiosa de la intelectualidad americana y su autor el más discutido, injuriado y alabado crítico —según la situación de los autores mencionados— de los que hay en América. A. R.